

# EL DISCIPULADO DE IGUALES EN LA TRADICIÓN DEL DISCÍPULO AMADO



Carmen Bernabé Ubieta

*La autora profundiza en las bases de un discipulado de iguales en el evangelio de Juan. En este evangelio, varones y mujeres son tratados por igual en lo que respecta a la naturaleza y el valor de su discipulado. Así se observa en la presentación de María de Nazaret, la Samaritana, Marta, María de Betania y María Magdalena, paradigmas de seguimiento por su fe, su conocimiento, su lealtad y su testimonio.*

## 1. Relevancia del tema

**E**L tema del discipulado de iguales tiene una actualidad indudable en el ámbito eclesial. Hoy, como en otros momentos de la historia, aun que esto haya quedado invisibilizado, surge la pregunta por la categoría básica que debe regir la relación entre los seguidores de Jesús en la Iglesia y por las consecuencias que de ello se siguen en el ámbito de la organización comunitaria. ¿Es la Iglesia, como suele decirse, "jerárquica por naturaleza"? Aquí entra en juego el tema del discipulado de iguales, al que se suele oponer el de la elección de los Doce (varones) con una misión directiva especial y hereditaria. Pero aunque el primero parece, a primera vista, que es un concepto más moderno que el segundo, quizá su contenido no sea una novedad, sino que hunda sus raíces en el mismo Evangelio, mientras la revisión del segundo en su contexto nos guarde más de una sorpresa. La significación en aquel contexto de uno y otro de estos símbolos es imprescindible a la hora de hacer la hermenéutica (interpretación actualizada para hoy). No se trata de fundamentar en la antigüedad, sin más, el valor o autoridad de un símbolo o una institución, o de repetirla miméticamente, sino de entenderla en su raíz y de comprender su relación con el anuncio de la Buena Nueva de la cercanía humanizadora de Dios que proclamaba Jesús de Nazaret.

## 2. ¿Qué es el discipulado de iguales?

**N**OS preguntamos en primer lugar: ¿a qué nos referimos cuando hablamos de "discipulado de iguales"? Este concepto ha recibido muchas críticas. Por parte de la teología más tradicional, hecha normalmente por varones, se aduce que los doce apóstoles fueron varones, elegidos y enviados por Jesús, lo que introduciría ya una diferencia jerárquica en la comunidad. Por parte de algunas mujeres, como Luce Irigay y el feminismo que representa, se

le critica que pretende hacer un discipulado donde la norma sean los varones ("iguales" a ellos).

Este concepto fue usado por E. Schüssler Fiorenza, en su obra *En memoria de ella*, y retomado después para articular la *ekklesia* (asamblea eclesial) como un discipulado de iguales que pueda hacer presente la *basileia* (el Reino de Dios), el mundo alternativo de justicia y bienestar querido por el poder vivificador de Dios como una realidad y una visión en medio de los poderes de muerte, de opresión y deshumanización patriarcales. Como Jesús, los discípulos (varones y mujeres) son llamados a proclamar la "buena nueva" del mundo alternativo de amor y de justicia, de Dios, y a hacerlo presente reuniendo a la gente en torno a la mesa e invitando a todos sin excepción, alimentando a los hambrientos, sanando a los enfermos y liberando a los oprimidos. El discipulado de iguales debe ser un discipulado de la "*basileia*" (E. Schüssler Fiorenza, *Discipleship of Equals*, Crossroad 1993, 11-12). Frente a las acusaciones de Luce Irigay, Fiorenza se defiende diciendo que su uso del término *igualdad* no significa tomar como referencia al varón, sino que supone e implica un cambio y una transformación tanto para mujeres como para varones, y una crítica muy fuerte al sistema patriarcal como definidor y configurador de relaciones, estructuras y cosmovisiones que oprimen tanto a mujeres como a varones.

El discipulado de iguales supone que varones y mujeres son discípulos urgidos por igual en el seguimiento de Jesús de Nazaret, lo que implica la vivencia de unos valores contraculturales y alternativos a aquellos que regían y rigen el sistema patriarcal; entendiéndose por sistema patriarcal un sistema socio-político de subordinaciones y opresiones jerarquizadas en las que se van sumando las variables de género, edad, clase, etnia... El discipulado de iguales da la misma dignidad y la mismas posibilidades a varones y mujeres, les da palabra y horizonte, les sostiene y les lanza hacia adelante sin pasos marcados en función del sexo, la clase, la etnia... porque lo impor-



tante es la solidaridad, el amor compasivo que sale a buscar lo necesitado y lo caído, para levantarlo, curarlo e incluirlo en la comunidad de hijos e hijas de Dios padre y madre. En la comunidad de iguales, todos son hermanos, porque sólo hay un padre, el del cielo (Mt 23,9). Por eso, llamar a alguien "padre", en una estructura que, como la Iglesia, sigue siendo patriarcal, no significa utilizar un apelativo sin más significado que la costumbre, sino que supone utilizar un símbolo que ayuda a perpetuar esas relaciones patriarcales contrarias al discipulado de iguales.

Pues bien, en este sentido "el discipulado de iguales" se halla presente, de forma muy especial, en la tradición del discípulo amado.

### *3. La comunidad del discípulo amado y el discipulado de iguales*

#### *a) El discipulado de iguales en el diseño literario y teológico del cuarto evangelio: momentos clave y parejas literarias ejemplares*

Aunque suele creerse que es Lucas el evangelio donde las mujeres aparecen más veces y de forma más favorable, lo cierto es que esto sucede en el evangelio de Juan. Las mujeres aparecen muchas veces y lo hacen en lugares muy importantes, más bien decisivos, de la trama narrativa y teológica del evangelio.

Como en Lucas, Juan presenta a las mujeres en relación con algunos varones, formando parejas que ayudan al lector a saber cuál es la respuesta de fe más adecuada, pero la presentación que hace Juan de las mujeres es menos ambigua que en Lucas, mientras que la que hace de las parejas literarias no se centra tanto en el contraste como en la ejemplificación de aspectos de la respuesta

de fe que no tienen que ver con los papeles de género tal como se establecían tradicionalmente en una sociedad patriarcal. El evangelio de Juan no parece subrayar una rivalidad entre varones y mujeres, sino que los trata de igual forma en lo que respecta a la naturaleza y el valor de su discipulado.

Como opina M. Birne, un texto será androcéntrico si, en comparación con los discípulos varones, las mujeres son presentadas como débiles en la comprensión y en la fe, o con estereotipos sexistas, o si son eliminadas de los roles de liderazgo e iniciativa. Por eso, más que estudiar únicamente las figuras femeninas, como ha solido hacerse, la tendencia de los últimos estudios, y creo que con acierto, es hacerlo de forma inclusiva: varones y mujeres en relación.

María de Nazaret, la Samaritana, Marta, María de Betania y María Magdalena son las mujeres protagonistas de momentos cruciales en el cuarto evangelio. Cada una de ellas se encuentra en un momento literario y teológicamente importante dentro de la estructura del evangelio. Y, con ellas, aparecen otras figuras masculinas con las que forman esas parejas literarias que muestran la respuesta de fe adecuada, el paradigma del discipulado, para la comunidad de Juan, que probablemente nos habla de la composición y el funcionamiento de la comunidad joánica.

Se pueden discernir varias parejas literarias y teológicas en el evangelio de Juan: la madre de Jesús (2,1-11) y el oficial real (4,46-54); Nicodemo (3,1-11) y la Samaritana (4,4-42); el hombre ciego (9,1-41) y Marta (11,1-54); María de Betania y Judas (12,1-8); la madre de Jesús y el discípulo amado (19,25-27); María Magdalena (20,11-18) y Tomás (20,24-29). Todos ellos señalan momentos y respuestas al seguimiento en el itinerario de fe.

Tanto la madre de Jesús en Caná como el oficial real, que abren y cierran la sección conocida como de Caná a

Caná, actúan como dos caracteres que empujan los primeros signos de Jesús y señalan los rasgos de la fe joánica en Cristo. En medio de la sección se le presentan al lector otras dos figuras: Nicodemo y la Samaritana, que son invitados a creer en Jesús; ambos ayudan al lector, por medio de sus preguntas, a conocer más cosas sobre quién es Jesús en realidad. Su respuesta muestra el avance en la fe en Jesús: la de Nicodemo queda inconclusa hasta que vuelva a aparecer, y la de la Samaritana se manifiesta lo suficientemente firme como para llevar a otros a Jesús.

En el centro del evangelio, donde los otros evangelistas ponen la confesión de Pedro, Juan pone dos figuras que ejemplifican la respuesta de fe a la pregunta de Jesús a ambos: ¿crees? Tanto Marta como el hombre ciego curado dan su respuesta en un contexto polémico y amenazante por la increencia de las autoridades judías. Ambos parecen dejar ver que el discipulado tiene un precio, pero ambos responden afirmativamente. En el caso de Marta, se trata de la confesión cristológica que los sinópticos ponen en boca de Pedro.

Distinto es el caso de la siguiente pareja literaria, y quizá sea el único donde hay tanto contraste a favor de la figura femenina. Judas no entiende ni acepta lo que María de Betania anticipa con su gesto, la entronización-glorificación de Jesús en la cruz, una idea tan propia de Juan.

A los pies de la cruz, entre las figuras presentes que componen el nuevo Israel, destacan la madre de Jesús y el discípulo amado, que son presentados como paradigma de la fe madura y de la auténtica familia de Jesús, que reúne parentesco y discipulado en algo nuevo, constituidos por el Espíritu que reciben.

María Magdalena y Tomás tienen encuentros con el Resucitado que ayudan a los lectores a comprender aspectos de esa realidad nueva y desbordante. En su presenta-

ción, ambos revelan dimensiones de la teología de la resurrección y del discipulado.

Por tanto, no se puede decir que Juan trate a las mujeres como débiles en la fe o que las elimine de los roles de liderazgo. Ambos, varones y mujeres, son paradigmas de discipulado, por su fe, su conocimiento, su lealtad y su testimonio. Tanto varones como mujeres cometen errores, dudan, luchan por entender. Ambos colaboran para llevar a buen término lo que se presenta como objetivo del Evangelio: *"Para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre"* (20,31).

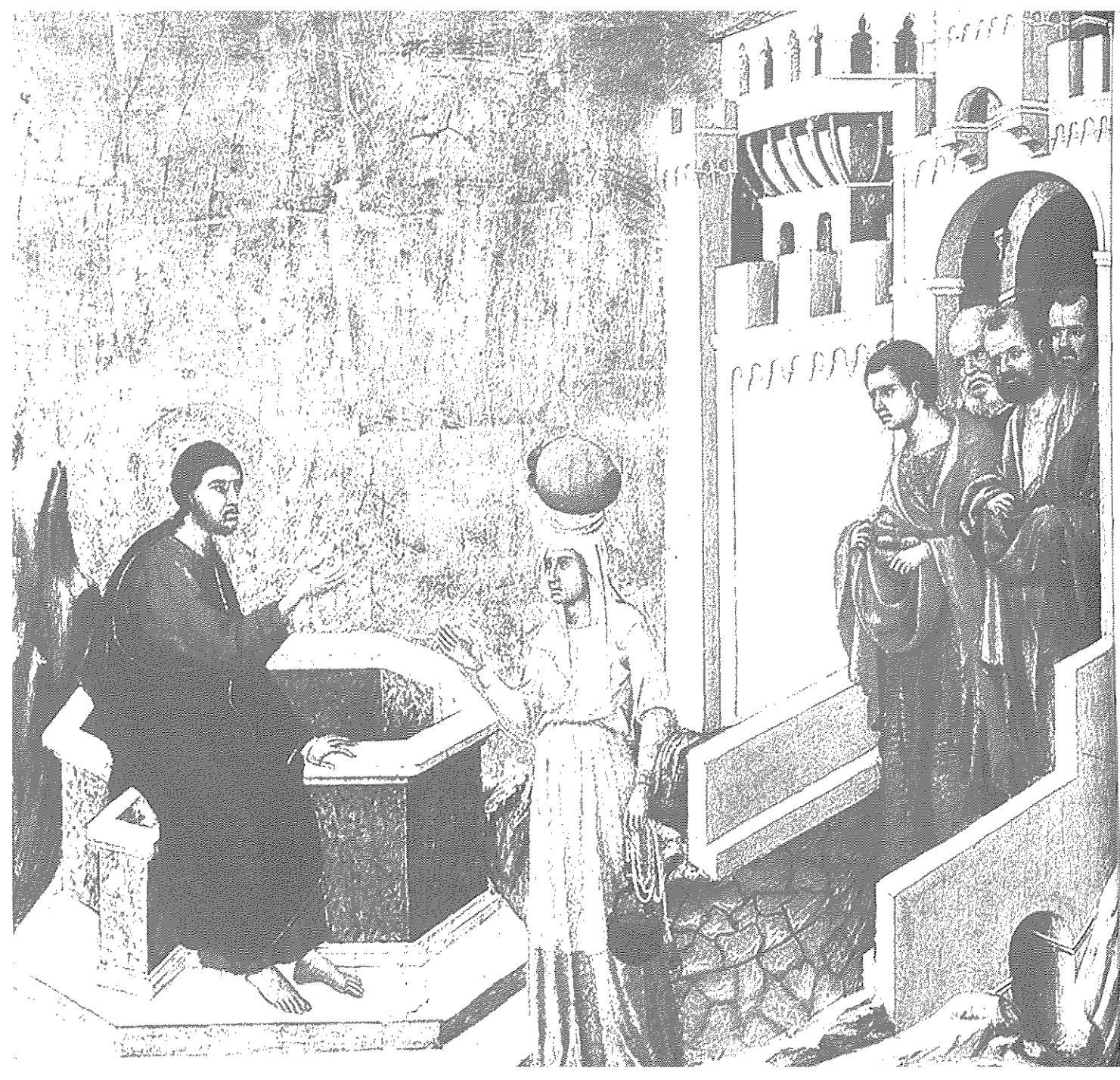
### *b) Valores contraculturales del evangelio de Juan*

En el evangelio de Juan aparecen reflejados una serie de valores que podríamos denominar contraculturales porque iban a contracorriente de los establecidos en aquella sociedad patriarcal, y que explican la preeminencia del discipulado de iguales en este evangelio y en la comunidad que él refleja: primacía de la categoría de "discípulo", ausencia de rasgos y estructuras jerárquicos y primacía de la categoría del amor y de la amistad, y un especial imaginario familiar.

#### *— Primacía de la categoría de discípulo*

Es un dato ya adquirido que la categoría básica del evangelio de Juan es la de discípulo. Ni los apóstoles ni los Doce son mencionados tantas veces como en los otros evangelios, ni tienen un papel preeminente.

Seguir a Jesús, creer en él, traer otros a la fe en él, amar como él amó y permanecer en él son algunos de los rasgos del discípulo que aparecen a lo largo del evangelio, personificados tanto en varones como en mujeres. No hay composición expresa, como en los sinópticos, de un



grupo de Doce; no hay listas de nombres, ni siquiera aparecen la mayoría de los nombres que las componen en los evangelios sinópticos. Por el contrario, hay protagonistas que en los sinópticos pasan desapercibidos, y todos ellos sirven para ofrecer a quien lee o escucha el camino de la fe en Jesús y, con ella, el de la vida (20,31). Incluso parece haber una cierta crítica al oficio de apóstol en las palabras puestas en boca de Jesús: "El apóstol no es mayor que el que le envió" (13,16), que están en el contexto del lavatorio de los pies y la recomendación de Jesús a los discípulos de hacer ellos lo mismo, unos con otros, como signo de su discipulado.

Esta importancia del discípulo y de la relación personal que establece con Jesús se refleja en el personaje-símbolo del discípulo amado, que permanece innominado quizá para poder representar mejor a todos los discípulos de Jesús y a lo que éstos deben aspirar.

#### *– Ausencia de rasgos y estructuras jerárquicos y primacía de la categoría del amor y de la amistad*

En este evangelio, Pedro tiene un papel y un protagonismo claramente menores que en los sinópticos. Llega a la compañía de Jesús por medio de su hermano; en el cuerpo del evangelio no parece tener un papel predominante entre el resto de los discípulos; en el capítulo 20 aparece en una competición simbólica con el discípulo amado de la que no sale muy bien, y en el capítulo 21, una adición tardía posiblemente para incorporar las comunidades joaneas a la gran corriente eclesial, tiene que pasar la prueba del amor, que es un rasgo típicamente joaneo, para apacentar el rebaño; es decir, que las comunidades aceptan el "liderazgo jerárquico" de la gran corriente eclesial, pero sometiéndolo a su principio identitario: el amor.

Lo importante en el evangelio de Juan es la relación personal con Jesús y, a través de él, con el Padre, lo que po-

sibilita amarse unos a otros al estilo de Jesús. El evangelista pone en su boca las palabras: "Ya no os llamo más siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor, sino que os he llamado amigos, porque os he dado a conocer todas las cosas que oí de mi Padre" (14,15).

En esta misma línea está el símbolo del lavatorio de los pies y las palabras sobre el servicio de unos a otros, del que ya se ha hablado. Jesús, al lavar los pies, parece seguir el ejemplo de la mujer que le ha lavado y ungido los pies (12,1ss). Su actitud y su gesto simbólico son contraculturales. Toma sobre sí el papel del siervo y de la mujer y, al proponerlo a varones, desestabilizaba parte del sistema identitario patriarcal. Porque, además, hace a Dios, nombrado como Padre, el garante de semejante visión contracultural. Después de veinte siglos de cristianismo y, en gran medida, banalizando lo que esta imagen significa, es difícil que nos hagamos una idea de lo que esta imagen significaba en aquella sociedad, donde el honor o imagen propia ante los otros era el valor fundamental en el que se jugaba el lugar y la estima social, tan vital como el pan. Lavar los pies era una tarea de esclavos y mujeres, algo impensable en un varón libre, un cabeza de familia.

#### *– Especial imaginario familiar*

Aunque es cierto que en Juan aparece la figura del Padre de forma continua, al contrario de lo que pudiera pensarse, esa alusión al Padre celestial no sirve para configurar o legitimar unas relaciones patriarcales y androcéntricas, sino que iguala a todos en la categoría de hijos/as y discípulos/discípulas. Porque el Padre al que hace alusión muestra más las características de origen y proveedor que las de dominio y autoridad de los padres humanos en un sistema patriarcal.

También en los evangelios sinópticos aparece la idea de Dios Padre que relativiza la autoridad de los padres humanos. Una idea que está subrayada en Mt 23,9 y que



en Juan se hace narración mediante la alusión constante al único Padre, principio de todo, que relativiza cualquier otra autoridad patriarcal que pretenda imponerse, aunque sea disfrazándose de servicio. De hecho, los padres humanos parecen haber desaparecido. Es cierto que se dice de Jesús, en dos ocasiones, que es el hijo de José, pero éste está ausente de la narración mientras aparecen su madre y su tía.

*"Mi padre y vuestro padre"* (20,18) se pone en boca de Jesús resucitado para indicar que sólo Dios Padre es el referente último de autoridad. Una autoridad que pasa a los discípulos a través del Espíritu de Jesús, pero que no hace jefes y subordinados, amos y siervos, sino amigos y hermanos, dispuestos a lavarse los pies, es decir, a perder autoridad al estilo de la sociedad patriarcal, por servirse unos a otros. Creer en el nombre de Jesús les ha dado a sus discípulos la autoridad que implica su nueva identidad: hijos e hijas de Dios. Y esta especificación de los dos sexos está implícita en el término griego utilizado (*tekna*). Una declaración que está en el prólogo (1,12) y anuncia ya allí lo que se va a desarrollar en el cuerpo del evangelio. Quien cree en Jesús se convierte en discípulo y discípula, en amigo y amiga, y no en siervo, y en hijo e hija de Dios. No caben más jerarquías ni mediaciones, no hay poderes sagrados intermedios. Incluso el templo, con su sistema cultural, que graduaba el acceso a Dios dependiendo del género, la clase y la etnia, ha pasado. Ahora es el cuerpo de Jesús el lugar de manifestación y encuentro con Dios. El cuerpo del hermano es el que permite el encuentro con Dios Padre (2,21-22).

#### 4. Modelo organizativo de las comunidades joaneas

AUNQUE parece que la mayoría de las comunidades cristianas, en lo que conocemos, adoptaron como forma organizativa la casa-familia, puede ser que hubiera comunidades que adoptaran otras formas organizativas existentes en el contexto cultural para la asociación de individuos, como podían ser las asociaciones voluntarias de diversos tipos, que favorecerían unas relaciones más horizontales entre sus miembros, con rotación en los puestos de autoridad. Y quizá sea éste el caso del evangelio de Juan, y sus características peculiares estén reflejando un tipo de comunidades que no son las más habituales con sede en una casa-familia. La misma elección que hace el evangelio de Juan de la categoría de amor y amistad y la ausencia de casi todo marco familiar podrían estar aludiendo a la elección por parte de las comunidades joaneas de una forma organizativa distinta a la de la casa patriarcal. Esto encajaría con lo que proponen quienes hablan del evangelio de Juan como obra de una escuela o, al menos, como obra en la que la comunidad (¿una escuela?) ha tenido mucho que ver antes de su redacción final (véase mi artículo "¿Mujeres teólogas en la comunidad joanea?", *Reseña Bíblica* 24 [1999] 43-52).

Parece que aunque no en todas ni en gran número, en algunas escuelas filosóficas, y en ciertas asociaciones, podrían participar también las mujeres y llegar a tener



puestos de responsabilidad. Si éste fuera el caso de la comunidad que está tras el evangelio de Juan, podría quizá explicar el tratamiento de las figuras femeninas y de algunas tradiciones veterotestamentarias que aparecen en Juan, así como una mayor equivalencia en la presentación de los géneros.

Y si fue la casa familiar la forma elegida para organizar las comunidades, parece que la estructura doméstica patriarcal tradicional no condicionaba decisivamente el mensaje fraternal de Jesús.

Fuera cual fuera la forma organizativa de las comunidades joanas, parece cierto que mostraba una mayor igualdad a la hora del desempeño de roles y en la consideración de varones y mujeres como aptos, por igual, para el seguimiento y el discipulado, sin una división de tareas o aptitudes en función del género.

### 5. *Conclusión*

**E**L discipulado de iguales es una categoría que supone otras prioridades, otros criterios para establecer la autoridad, otro tipo de relaciones, diferentes a los de la jerarquía patriarcal.

La igualdad no significa uniformidad; se puede sostener la igualdad y la diversidad a la vez. Igualdad habla, más que de aspectos psicológicos o vitales, de aspectos sociales: derechos, posibilidades... para los diversos.

Discipulado de iguales no significa acracia o desorganización; significa otra forma de organización más acorde al espíritu evangélico y crítica con el sistema jerárquico patriarcal que ejerce una escala de subordinaciones jerarquizadas en función del sexo, la clase, la raza, el dinero... Sin ser un tratado feminista, algo que no se puede pretender, el evangelio de Juan muestra unas posibilidades diferentes de pensar y vivir el mensaje de Jesús, mucho más igualitario, sin determinismos estereotipados de roles fijados por el género desde un naturalismo y un biologicismo trasnochados.

Es cierto que las comunidades joanas tuvieron, posteriormente, problemas con el discernimiento de espíritus en aquellos casos en que varios, dentro de la comunidad y con diferentes posiciones, a veces contrapuestas, pretendían poseer el Espíritu y apelar a su autoridad. Pero los problemas pueden, con el tiempo, descubrirse como menos problemáticos de lo que parecían y pueden ser resueltos sin cercenar la creatividad del Espíritu; al menos, después de veinte siglos de historia del cristianismo, y desde nuestro hoy, se puede decir que merece la pena intentarlo.

Quizá hoy, en la Iglesia, deseen menos padres y más discípulos dispuestos a hacer juntos el camino del seguimiento de Jesús, del que sabemos dónde y cómo empezó, pero del que no sabemos cada parte del camino, en cuya búsqueda es necesaria la voz de todas las personas que están en él.